



Simeón

Lucas 2:22-38

2:22. Este rito de purificación duraba 40 días según la ley de Moisés. La mujer quedaba impura por 40 días después del parto si había tenido un varón y 80 días si era una niña. La mujer en ese período podía vivir normalmente en su casa y hacer los trabajos diarios, pero no podía entrar en el templo ni participar en ceremonias religiosas.

El comentario bíblico Jamieson-Fausset-Brown dice lo siguiente sobre esta presentación del niño Jesús en el templo: “Siendo un varón primogénito, ‘le trajeron a Jerusalén, para presentarlo al Señor’. Todos los tales habían sido reclamados como ‘santos al Señor’, o destinados a usos sagrados, en memoria del libramiento de los primogénitos de Israel, de la destrucción en Egipto, mediante el rociamiento de la sangre (Exodo 13:2). Cada uno de estos primogénitos tenía que ser redimido mediante el pago de cinco siclos, pero no sin ser “presentado al Señor”, en señal de su derecho justo a ellos y su servicio (Números 18:15-16). En obediencia a esta “ley de Moisés” la Virgen presentó su hijito al Señor, en el portón oriental del atrio llamado Portón de Nicanor, donde ella misma sería rociada por el sacerdote con la sangre de su sacrificio”.

2:23. Aquí Lucas está haciendo referencia a Exodo 13:2,12

2:24. Al cumplirse ese tiempo tenía que traer al templo un cordero de un año para holocausto y un pichón para expiación. Era un sacrificio bastante costoso, así que la ley establecía que si no se podía ofrecer un cordero se podía traer otro pichón. La ofrenda de los dos pichones en vez del cordero y el pichón se llamaba técnicamente la ofrenda de los pobres, y esa fue la que ofreció María. Esto lo podemos ver en Levítico 12:8. Por lo que podemos saber que Jesús nació en un hogar sencillo y humilde y sin lujos.

La tórtola es una subespecie de la paloma, de menor tamaño y de distinto plumaje.

De acuerdo con la costumbre, María pondría sus manos sobre la tórtolas. Luego un sacerdote las llevaría a la esquina sudoeste del altar, para torcer el cuello de un ave como ofrenda por el pecado y quemar la otra como holocausto entero.

2:25. Según el libro “Comentario del contexto cultural de la Biblia” de Craig Keener, “este encuentro con Simeón ocurre sin duda en el Patio de las Mujeres” en el templo de Jerusalén.

El nombre Simeón era muy corriente entre los judíos contemporáneos que vivían en Palestina.

Juan Crisostomo, el cristiano del siglo 4 a quien se le puso el sobrenombre de “Crisostomo” (boca de oro) por su gran don en la predicación, escribió que no solo Simeón luego se convirtió al cristianismo, sino que es el Simón que menciona Jacobo en el concilio de Jerusalén en Hechos 15:14 (In actus apostolorum hom, 33:1. Pag. 60,239). Simón era el equivalente más habitual al nombre hebreo Simeón.

El termino “consolación” empleado por Simeón describía la esperanza que tenía Israel en la venida de su Mesías tan esperado. Lo podemos ver en Isaías 49:13; 51:3; 52:9; 66:13.

Según el comentarista bíblico William Barclay, en aquel tiempo “No había judío que no creyera que su nación era el pueblo escogido de Dios. Pero los judíos no podían por menos de darse cuenta de que no sería por medios humanos por los que su nación llegara a alcanzar la suprema grandeza que creían que le estaba reservada. Con mucho la mayoría de ellos creía que, como los judíos eran el pueblo escogido, estaban destinados a llegar a ser algún día los amos del mundo y los señores de todas las naciones. Para traer ese día, algunos creían que vendría del Cielo algún gran campeón; otros creían que surgiría otro rey de la dinastía de David que devolvería al pueblo toda su antigua grandeza, y otros creían que Dios mismo intervendría directamente en la historia de manera sobrenatural. En contraste con todos esos había unos pocos a los que llamaban los reposados de la tierra: no tenían sueños de grandeza, violencia o

poder de ejércitos con banderas; creían en una vida de constante oración y de reposada pero vigilante espera hasta que Dios interviniera.

Pasaban la vida esperando tranquila y pacientemente en Dios. Así era Simeón: en oración, en adoración, en humilde y fiel expectación, esperaba el día en que Dios había de consolar a su pueblo”.

2:28-32. El cántico de Simeón se conoce como el Nunc Dimittis (que significa “ahora dejame partir”), por sus dos primeras palabras en latín.

Aquí Simeón, al referirse a los gentiles, está haciendo referencia a Isaías 42:6 y 49:6, donde Dios estaba hablando de que el Mesías sería “luz a las naciones”. Esto un judío podía entenderlo solamente como que Israel sería la cabeza de las naciones, gobernándolo todo y transformando a las naciones en prosélitos obedientes a su religión judía. Hasta el día de hoy los judíos lo entienden así. Ellos creen que al venir el Mesías todas las naciones se sujetarán a ellos y enseñarán a todas naciones la verdad.

2:30: “Salvación”: del griego “sotérion” (rescate, liberación, seguridad, salida).

El Espíritu Santo la había revelado a Simeón que no moriría hasta que “viese al Ungido del Señor”. “Ungido”: del griego “Jristós” o nuestra adaptación Cristo, es la misma palabra que en hebreo es “Mashíaj” o nuestra adaptación Mesías.

El Mesías era el enviado por Dios que el pueblo de Israel esperaba para su salvación. Ellos esperaban a este enviado debido a que Dios les había prometido reiteradas veces en las Escrituras que él significaría su paz, liberación completa y enaltecimiento por encima de todos los demás pueblos. Este Mesías era su gran esperanza.

Ya desde el Génesis Dios les hablaba de la venida de este Mesías.

En Génesis 49:10 encontramos la bendición de Jacob a Judá su hijo, donde Jacob dice: “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos”. Con respecto a esa palabra “Siloh” existe toda una

discusión sobre cual es su significado. Tal vez la más acertada sea la de la mayoría de las autoridades judías antiguas, para los cuales se trataba de una palabra compuesta de “shel” y loh”, que significaba “al que pertenece”. Y en español sería “a quien pertenece el dominio, “de quien es el reino”, “aquel que tiene el derecho de reinar”. Pero más allá de toda discusión sobre el significado exacto de esta palabra, todos concuerdan en lo mismo: aquí está hablando del Mesías.

De manera que según este texto se trataba de una dinastía monárquica que debía descender de Judá. La familia destinada a reinar sobre Israel era la de Judá.

Luego llegó el momento de que el rey David, descendiente de Judá, subiera al trono, y Dios le dijo, a través del profeta Natán, según 2 Samuel 7:16: “Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente”.

De manera que el Mesías debía ser descendiente de Judá y de David. Y esto mismo fue confirmado por el profeta Isaías: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán limite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto. El Señor envió su palabra a Jacob, y cayó en Israel” (Isaías 9:6-8).

Por lo que ahora más específicamente de los descendientes de David vendría el tan esperado Salvador y Rey Eterno.

Luego encontramos en el Antiguo Testamento a Isaías y al resto de profetas profetizando la venida de este enviado por Dios, este Salvador. Isaías 54:5-8

De manera que Simeón tenía esta gran esperanza de “sotérion”, salvación, como el resto de los judíos. Pero él tenía una gracia especial, la misericordia de Dios le había dicho, a través del Espíritu Santo que no moriría hasta ver con sus propios ojos eso que tanto

esperaba. Vería con sus propios ojos al Mesías. Vería con sus propios ojos la “sotérion” de Dios, la Salvación.

Si vemos la expresión de Simeón cuando toma al niño Jesús en sus brazos y comienza a hablar es muy interesante: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz” (vers. 29). O sea, “ahora ya me puedo morir tranquilo”.

¿Por qué decía esto Simeón?. ¿Que es lo que le había sucedido que ya no le importaba si vivía o moría?. ¿Que fue lo tan grandioso que le sucedió a Simeón en ese templo que valiera más que su propia vida en este mundo?. ¿Que le sucedió?.

Vio con sus ojos la “sotérion” de Dios. Dijo: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque (aquí está la razón) han visto mis ojos tu ‘sotérion’ salvación”. Sus ojos estaban viendo la “sotérion” de Dios. Dijo: “tu salvación”.

Y había comprendido de tal manera el valor de aquello que para él significaba más que su propia vida.

Si vivía o moría era insignificante comparado con aquella Salvación.

Si continuaba viviendo significaba que ese niño le permitiría disfrutar de esa salvación en su vida. Su vida ya no sería igual en absoluto. Aquel niño cambiaría por completo su vida. Si moría disfrutaría, gracias a esa salvación, del reino eterno de Dios.

Ya vivir o morir era secundario. Ahora sus propios ojos estaban viendo una vida que nadie le podía quitar: la vida eterna.

Hasta el día de hoy los judíos que han rechazado a Jesús, el Mesías, y siguen esperándolo.

En una pagina judía de internet llamada “Viene Mashiaj” el autor escribió un artículo que se llama “Mashiaj, la idea fija de todo judío”: “En un primer análisis sorprende la centralidad del tema Mashiaj a lo largo de todo la Torá. Tanto que la fe en la redención es considerada una base y un principio del judaísmo. La sorpresa se disipa y da lugar al entendimiento pues la esencia de los Días del Mashiaj no es solo la promesa de un tiempo feliz y la recompensa

por buenas acciones sino que con el Mashiaj se llega a la perfección del cumplimiento del plan, por el cual el mundo fue creado. Por ello fue entregada la Torá, para unir a la creación con el Creador y acondicionar todos los sectores de la existencia a la revelación Divina. Por ello comprendemos que la fe en la llegada del Mashiaj, no es un principio simple sino algo global que envuelve a todo el judaísmo. Debido a esto, se destaca y sobresale tanto el concepto de AGUARDAR LA REDENCION, hasta cuanto el sentimiento de esperanza y añoranza a la Gueulá (redención) tienen que llenar la vida y aspiraciones del judío: ‘Lo aguardaré a él, cada día que venga’, pues tu salvación esperamos todo el día’. La aspiración y la esperanza de la llegada del Mashiaj expresa la aspiración profunda y central de una conexión total con el Creador y su revelación”

(<http://www.vienemashiaj.com/2009/01/mashiaj-la-idea-fija-de-todo-judo.html>).

En otro artículo de la misma página judía, pero en un artículo titulado “Mashiaj, lo estamos esperando”, dice lo siguiente: “Debemos entender las palabras del Talmud: “En el momento que el alma de la persona es juzgada en el cielo, le preguntan: ¿Esperaste la redención?. ¿Cuál es la importancia de este detalle aparentemente trivial para que revista tanta importancia y se transforme en la primera evaluación espiritual de una alma luego de su vida terrenal?. La respuesta es, que esta espera es primordial y básica en el judaísmo, pues un judaísmo en plenitud, solo se concreta con la llegada del Mashiaj”

(<http://www.vienemashiaj.com/2009/03/mashiaj-lo-estamos-esperando.html>)

Al ver esta página sorprende tan enormemente como estos judíos esperan con tanta ansia la venida del Mesías como la esperanza de toda su vida. Ellos creen que ese Mesías está por venir y festejan cada día que su venida está muy cerca. Lo festejan con fiestas y mucho gozo.

Ellos están ciegos y no ven que el Mesías ya ha venido y que esa “sotérion”, esa salvación, ya es una realidad.

Pero nosotros que ya tenemos la plena seguridad de que el Mesías ha venido y nos ha salvado, ¿valoramos esa “sotérion” de Dios?

¿Festejamos que nuestro redentor ha venido con el mismo gozo y fiesta?

2:34. Isaías también ya había profetizado este aspecto del Mesías “puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel” (Isaías 8:14,15).

La palabra “caída” viene del griego “ptósis” y solo se usa 2 veces en el Nuevo Testamento. Aquí y en Mateo 7:27 donde habla de la casa edificada sobre la arena, que “descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina (“ptósis”).

Por lo que vemos que Jesús, según profetiza Simeón, estaba puesto para “caída”, “ruina” (“ptósis”) “de muchos en Israel”.

La palabra “levantamiento” viene del griego “anástasis”, palabra que según el contexto en donde se usa se puede traducir como “levantamiento”, pero que principalmente es usada en referencia a la resurrección de los muertos. Y es usada de esta manera en los 34 versículos del Nuevo Testamento restantes donde aparece. Siempre, a no ser este caso, cuando se usa la palabra “anástasis” en el Nuevo Testamento se ha traducido como “resurrección”.

“Revelados los pensamientos de muchos corazones”. La palabra “pensamientos” en el griego original es “dialogismós” (discusión, propósito, consideración interna, pensamiento).

Los “dialogismós” que eran ocultos y secretos de muchos corazones ahora iban a ser vistos por todos a través del rechazo de ellos a Dios mismo. Su hipocresía les llevaba a mostrarle a los hombres una apariencia de hombres de Dios en plena santidad y devoción a Dios, pero ahora Dios se les presentaba en persona y lo llamaban Beelzebú (Mateo 12:24) y lo entregaban para ser crucificado.

Ana

2:36,37. El nombre Ana o “hannah” (en hebreo) significa “favor o gracia”, y se origina del hebreo “chanan” que quiere decir “hallar y mostrar favor”. Y justamente Dios mostró su gracia en ella al revelarle que ese niño se trataba del Mesías prometido.

Ana había estado casada 7 años y luego había quedado viuda, y estaba en ese estado de viudez desde hacía 84 años. La cultura judía y grecorromana consideraba con frecuencia piadosas y fieles a las viudas que nunca se volvían a casar. Se decía que Judit, había vivido como tal hasta su muerte a los 105 años. Si se suman los años que están reflejados en este pasaje (considerando los 84 de viudez y los 7 de matrimonio) y si se casó a la edad habitual de 14 años, se podría considerar que ella también tenía 105 años.

“No se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones”. Aún estaba en el templo en los servicios nocturnos de los guardas del templo, como aquellos a los que se refiere el Salmo 134.

2:28. “Redención”: del griego “lútrois” (rescate, liberación, redención). Es un derivado de la palabra “lútron”. Esta palabra se usaba para designar el pago de un rescate. Cuando se pagaba el rescate para que un prisionero de guerra fuera liberado, a ese pago se le llamaba “lútron”.

Los judíos utilizan la palabra “gueula” para redención. El Rabí Menajem Mendel Schneerson explica esta palabra diciendo: “la idea misma de redención, significa que alguien o algo está desplazado, y aguarda redención. El acto de redención lo devuelve a su lugar apropiado, al modo en que debe ser, lo contrario a exilio. Lo contrario en la lengua santa (el hebreo), es “Gola”, exilio. Exilio subraya que algo se ha salido del camino, está apartado de su lugar apropiado, está desplazado” Y explica como la palabra para “exilio” es “gola” y la palabra para redención es “gueula” y que lo único que las diferencia es la primer letra del alfabeto hebreo, “alef”. Dice: “Tomando la palabra “gola” (exilio) e insertando la letra “alef”, la palabra “gola” se convierte en “gueula” (redención). El Talmud declara:

‘¿Que indica la alef?. Alef es la primera letra, el comienzo de todo. Analogamente Dios precede a toda la existencia... tal como la alef es la base de todas las letras hebreas con las que Dios creo el universo, cuando introducimos la alef, Dios en “gola”, exilio, “gola” (exilio) se transforma en “gueula” (redención)”

Esto tiene mucho sentido cuando pensamos en que en el jardín del Eden, por el pecado de Adán el hombre fue desplazado de su lugar original donde habitaba con Dios. Y hasta la venida de Jesús el hombre estaba en exilio, fuera de la presencia de Dios, pero una vez que vino el Mesías, el Salvador, vivimos una redención.

Los judíos hasta el día de hoy tropiezan en el hecho de que las Escrituras hablaban de un Mesías que restauraba el reino a Israel. Ese era el tipo de Mesías que esperaban los judíos en la época de Jesús. Hechos 1:6

Un Mesías que reinara entre ellos y con ellos al mundo. Un Mesías que restaurara el poderío y señorío de Israel sobre las naciones. Esto era lo que entendían los judíos cuando Juan el Bautista clamaba “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2). O cuando Jesús enviaba a los 12 diciendo “el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 10:7). Esta es la razón por la que la madre de Juan y Jacobo vino a Jesús pidiendo los mejores puestos gubernamentales en su reinado en la tierra (Marcos 10:35-45). Y luego al resucitar Jesús sus discípulos podían entender la etapa de sufrimiento, pero había algo que no les cerraba. Faltaba la restauración del reino de Israel. Hechos 1:6.